

LA VOZ DEL HEROISMO

Y EL DESENGAÑO DE LA AMBICION



BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO
SEGUNDA SERIE — DESPUÉS DE LA CONQUISTA

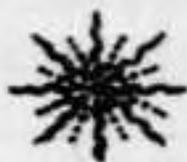
LA VOZ DEL HEROISMO

Y

El desengaño de la ambición

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—*Primera del Relox, 1*

1950

Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.



LA VOZ DEL HEROISMO



¡Los soldados españoles, que se han convertido en reyecitos allá en México, están que braman de ira porque su capitán Hernán Cortés no les ha dado el resto de los tesoros que les había prometido!

¡Ya no hay alegría en Coyoacan, ya no hay las antiguas fiestas y los bailes y los entretenimientos, para celebrar las últimas conquistas de los españoles contra las provincias lejanas de los indios... hacia donde hizo extender su influencia poderosa el mismo caudillo Hernán Cortés!...



El caudillo celebra con pompas y *vitores* las alianzas con los reyes de las naciones vecinas á la de *Tenochtitlán*. ¡Cuánta alegría!...

Ya la ciudad, que se alzaba en medio del lago, está hecha un triste montón de escombros donde trabajan los pocos indios aliados con el conquistador.

¡Sí, amiguitos míos, eran pocos aquellos indios mexicanos, porque casi todos por miles, por centenares de miles, habían sucumbido en los sangrientos combates diarios, que convirtieron en un lago de sangre toda aquella magnífica ciudad!...



¡Ya no hay alegría en los grupos de soldados que vagan por el palacio de Coyoacan, murmuraron todos!...

—¿Dónde?... ¿Dónde habrán ocultado los tesoros?...

Así gritaba un valiente ballestero, uno de aquellos que en la *Noche Triste* continuó él solo con una larguísima lanza á los aztecas, mientras sus compañeros pasaban á toda carrera, saltando las tosas, metiéndose por entre las aguas de las acequias ó intentaban cruzar con agilidad inaudita dando saltos tremendos, como aquel que dió, con súbita aclamación de los que lo vieron, á la luz de un relámpago!...

• • • • •
¡Cuánta valentía en los audaces conquistadores!...

¡Habían venido después de un sitio que los más grandes autores comparan con sublime respeto á la heroica y sublime grandeza de los sitios históricos de mayor veneración!...

¡Oh Jerusalén! ¡Oh Numancia! ¡Oh Sagunto!...
¿Dónde podría ser más admirable vuestro heroísmo si se compara con el sitio de *Tenochtitlán*?

• • • • •
De suerte que después de las fatigas del sitio de México, después de la prisión del heroico *Cuanh̄temoc*, la alegría de los hombres de armas que aún sobrevivían á Cortés se desarrollaba en orgías y fiestas tumultuosas, cerca de la residencia de *Coyoacan*.

• • • • •

¡Oh *Coyoacan!*... ¡Oh *Coyoacan!* Suntuosa residencia de antiguos monarcas y guerreros que para entrar á ver á sus antiguos señores •tenían



que combatir antes en largas piedras colocadas en la orilla de un estanque...

¡La lidia era terrible! El que pretendía alzarse y ser superior, habría de vencer á su enemigos...

leuatro! uno tras otro hasta acabar con el último... y luego se arrojarían ambos á las aguas de la laguna... y al fin cuando surgiera el vencedor... podría ya ir á presentarse con el *Rey!*...

Los españoles, que sabían estas costumbres, quisieron divertirse y todas estas prescripciones para la pompa de la fiesta fueron aceptadas.

¡Ah! ¡Grandiosa *Coyoacan*, desde entonces por tus jardines esmaltados de flores magníficas, frangeados por arroyuelos de esmeraldas y diamantes, desde entonces fuiste la primorosa y terrible ciudad!...

¿Qué había en *Coyoacan*? ¿Qué había?...

¡Sabedlo! ¡El alcázar maravilloso del caudillo español!

¿Qué significaba aquel palacio?

¡Significaba el centro absoluto del poder de España que encadenaba durante muchos siglos á su cetro á los extensos territorios de lo que se había de llamar muy pronto *La Nueva España!*...

¡Oh, no, amiguitos míos!... ¡No hay que apartarse nunca de los destinos que marcan bien en los pasados acontecimientos, la voluntad del Señor!...

Aquel grupo de españoles que en el patio del palacio de Coyoacan se desesperaba presa de angustia y desesperación, no pudo ya contenerse...

Amiguitos míos... ¡no hay nada más que hostigüe que el placer! ¡Sin embargo, todos los soldados de Cortés, pedían después de sus repartos más oro! ¡oh sí, más, mucho más oro!...

¡Qué hondas imprecaciones, qué amenazas!...

—¡Y aun vive el jovenzuelo que nos dió tanto quehacer en los combates del sitio!... ¡Aun vive ese diablo de reyecito!...

—¡Muera él!

—¡Abajo *Cuanhtemoc*!

—¡Qué lo ahorquen!

—¡Qué lo descuarticen!

—¡Qué lo echen en una tina con agua hirviendo!

—¡Qué diga donde están los tesoros!... ¡Que venga ese *aquilita*!

No. ¡Ya no era posible contener á los soldados que se encontraban en el palacio de *Coyoacan*,

después de haber recibido de su jefe Cortés su correspondiente parte en los arrebatos y conquistas de la gran extensión del Anahuac!...

—¡Todos los pequeños soldados, todos los que hemos sido los más pobres y hemos también peleado como los valientes, recibimos unas cuantas miserias, unos cuantos tejuelos de oro!... ¿Qué es esto?...

—¡Oh sí!... ¿que nuestro capitán nos da un miserable saco con polvillo de oro y plata y otro saco con plumas... y un pequeño rosario de piedrecitas de esmeraldas, brillantitos y rubíes?...

—¡Y apenas eso es todo!...

—¡Mejor han sido regalados los espías y las mujeres!... ¡Oh! ¿qué van á hacer con nosotros nuestros capitanes?...

—¡Bah!... ¡bah!... ¿y qué, por Dios no tendremos tizonas y grandes ánimos en nuestros corazones?—exclamó otro de los soldados conquistadores, que llevaba una gran coraza...

Ya el murmullo se iba acrecentando, momentos por momentos en el patio del palacio de Hernán Cortés, cuando la noble y siempre fiel *Marina* ó *Malinche*, que había estado espiando disfrazada de humilde esclavo azteca, volvió á encontrarse con su amo, Hernán...

Allí, en la misma sala secreta del terrible conquistador, éste recibió las últimas intimaciones de Marina y de los jefes españoles.

¡Allí luchó contra su conciencia el gran Cortés!

*
* *

—¡Los tesoros! ¡Los tesoros!—gritaban los capitanes, poniendo mano al acero de las empuñaduras de sus espadas...

—¡Imposible, imposible!

—¿Cómo?... ¿Cómo?... Anhelas la muerte, capitán... Oye el pueblo de tus guerreros que pide el botín de oro y de piedras preciosas... ¡Haz que Cuanhtemoc confiese!...

*
* *

¡Quedó vencido por fin el héroe caudillo de puñados de aventureros!

¡Quedó vencido el vencedor!...

—¡Que sea el tormento del fuego lento!—exclamó otra vez Hernán Cortés, no pudiendo resistir á los impulsos de las ansias del oro, de las ambiciones de su gente avarienta y de su mismo corazón que amaba el dinero...

¿Qué importaba faltar á la palabra que habia dado á un rey?...

¡Demos tormentos á Cuanhtemoczin!... ¡Le quemaremos los pies y las manos hasta que diga donde tiene escondidos todos esos montones de riquezas!...



El oficial real, el que representaba á los derechos del Emperador Carlos V, un vil hombre llamado Alderete, hizo que ya Cortés no tuviera dilaciones...

— ¡Oro, oro, oro!—gritaban todos...

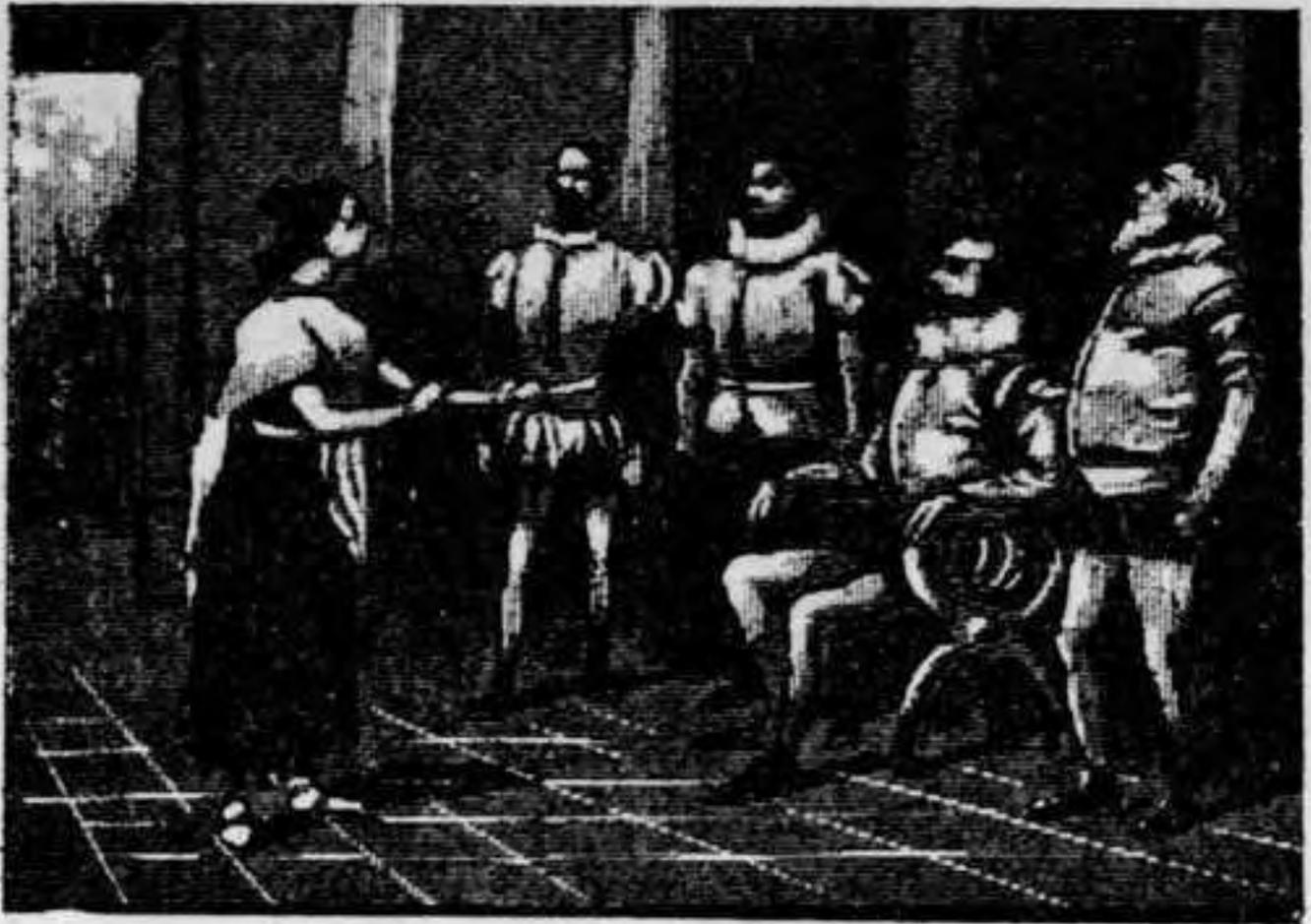
Y esto, amiguitos míos, sí que picaba para el infeliz *Cuanhtemoc*: ¡Tormento, fuego!... ¡Fuego, tormento!...

¡No había recurso!... ¡El abominable tormento que se aplicaba á los herejes, á los traidores, á la patria, á los viles asesinos y á los monstruosos ladrones, se aplicaría también al mismo heroico *Cuanhtémoczin*, á su compañero el *Tecuhlle de Taclapan*, para ver si la lumbre que tuesta las carnes y carboniza los huesos de los hombres vivos, podía arrancar el secreto á las dos almas vi-

riles, que parecían guardarlo para toda la eternidad!



¡Los soldados españoles aullan, rugen, vociferan!... ¡Oro, oro!... ¡Más oro!... ¡Fuego y fuego



y tormento á Cuanhtemoc. El sabía decir donde están los tesoros del *Imperio de Anahuac*!

¡Por fin se verificó el espantoso *tormento* dado por un capitán de aventureros, uno que había sido mercader hacia pocos años, á un rey, á un emperador, joven nobilísimo caballero y valiente y esforzado!...

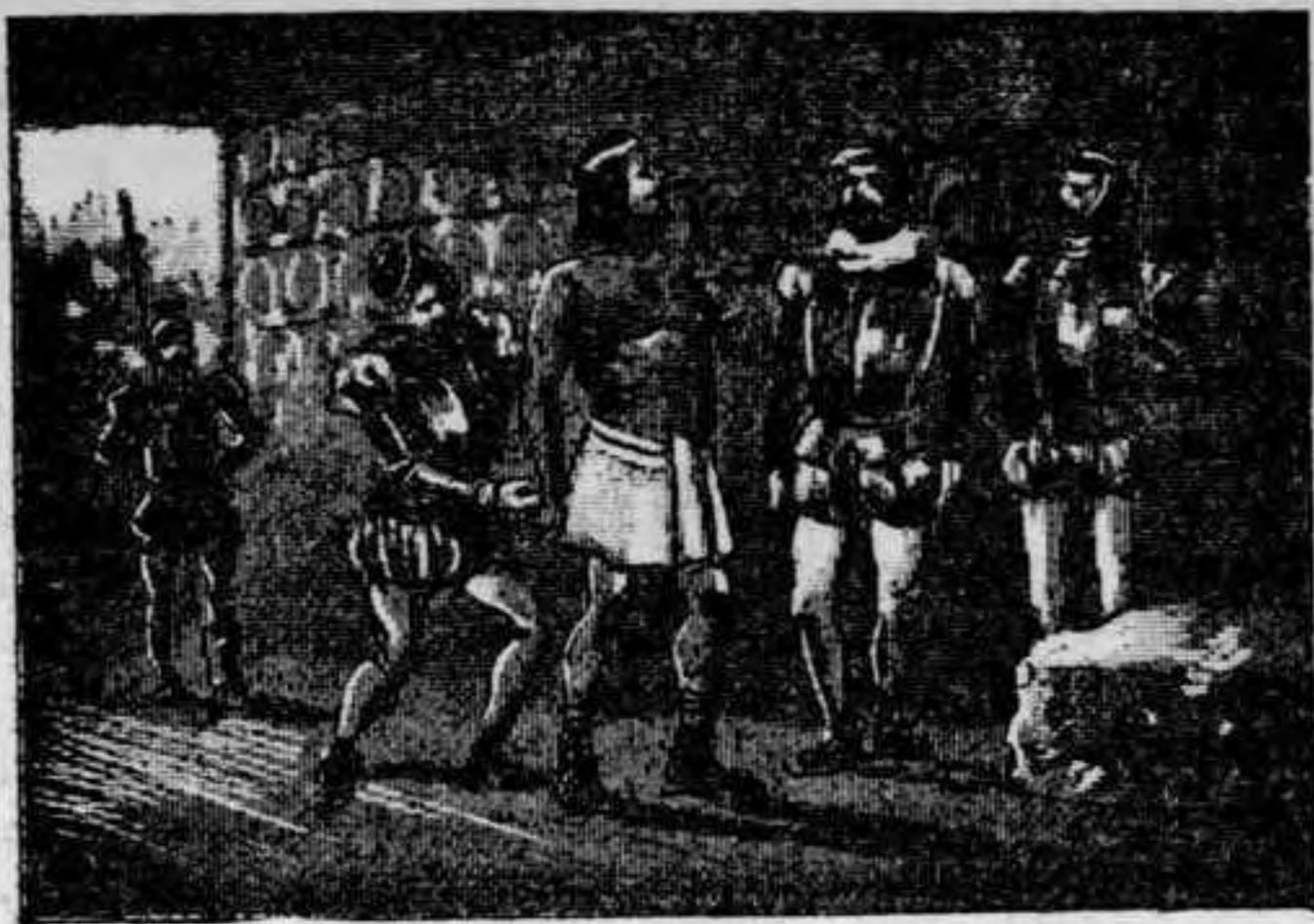
¡Oh mancha horrible, oh! negra mancha de fango, eterno oprobio para Hernán Cortés, al permitir el tormento de su leal y bravo adalid prisionero, á quien juré buen trato!...

¡El crimen se consumó!...

...Ataron á Cuanhtemoc, después de haberle quitado su magnífico huipilli bordado de finas plumas de colibrí y de hilos de oro y plata, á un poste de piedra del que salía una vigueta alta... abajo sobre las losas de un patio pusieron los soldados un grande plano de barro con ocote y brasas encendidas... Allí ataron á Cuanhtemoc, delante del escribano, del tesoreiro real, de Cortés, de sus capitanes y de Marina y de una multitud de soldados aventureros y de señores indigenas, traidores viles á su patria y sobre todo á su raza.

¡Enfrente del poste en que ataron á Cuanhtemoc de pies y manos... elevaron otro al rey de *Tlacopan*... ¡Cualquiera de los dos debería decir la verdad á la hora en que el fuego penetrara hasta el fondo de los huesos de los martirizados héroes mexicanos!

...¡Hay una grande algazara en la multitud que contempla desde lejos el suplicio del tormento de los dos reyes!... ¡Ven todos que las llamas se le-



vantan y comen sus pies y sus manos! ;Horrendo espectáculo!... Se retuercen, se incorporan, pretenden romper sus cadenas... Cuanhtemoc ruge

como un tigre... relampaguean sus ojos negros y es tan terrible lo que dicen sus pupilas al fijarse en *Hernán Cortés*, que este baja sus ojos, avergonzado... Más allá el señor de Tlacopan lanza rugidos formidables y exclama en su idioma:

— ¡Oh! Señor... permíteme decir todo, ¿no ves como estoy?

¡Oh! qué contestación fué la del extinguido emperador Mexicano. Así contestó:

— ¿Estoy yo acaso en un baño de rosas y de leites?

Los españoles que preguntaron á Marina lo que quería decir esta respuesta, quedaron profundamente conmovidos... contemplando con qué bravura resistía la lumbre que le derretía las carnes y los huesos el intrépido *Cuanhtemoczin*... comprendiendo también la sensibilidad de los aztecas que aplaudían con la luz de sus ojos el sacrificio de su señor...

El *teouhlli* de *Tlacopan* bajó la cabeza, y se desmayó, mientras el augusto mártir de la patria lanzó otra mirada de atroz desafío al implacable *Hernán*.

— ¡Quitadlo; quitadlo de la hoguera; es un valiente!

—¿No ha podido decir nada?—preguntó el tesoroero.

—¡No!—contestó Cortés.

De repente, sin saberse de donde surgía, se escuchó una voz que gritó en el gran salón del palacio de Coyoacan:

—¡No, jamás!.. ¡jamás!...

FIN